

La espiritualidad del Año Litúrgico

JOSÉ ANTONIO GOÑI BEÁSOAIN DE PAULORENA
Facultad de Teología
Vitoria-Gasteiz

En el centro de la espiritualidad de todo cristiano, como es evidente, está Cristo. Desde su bautismo, en el que el creyente pasa a formar parte de Cristo sacerdote, profeta y rey¹, hasta su muerte, en la que comparte la muerte con él, esperando participar también de su resurrección², el cristiano va siguiendo a lo largo de su vida a Cristo configurándose con él. Por medio de la oración, por medio de la lectura de la Sagrada Escritura, por medio de lecturas espirituales, por medio de la catequesis, por medio de la formación teológica, por medio del ejercicio de la caridad, y, cómo no y de modo sublime, por medio de la liturgia.

Decimos que la liturgia es un lugar privilegiado, ya que en la celebración encontramos, por una parte, a Cristo presente de diversos modos³ y, por otra, hacemos el memorial de la obra de la salvación realizada por Cristo, particularmente de su muerte y su resurrección, para que su fuerza salvífica siga operante en los creyentes de todos los tiempos. Ahora bien, para que esta aproximación se haga de modo progresivo y pedagógico, el misterio de Cristo se despliega en el curso del año, que denominamos Año Litúrgico. Por

¹ Cf. *Oración de la unción con el crisma*.

² Cf. *Oración colecta en las exequias*.

³ Cf. SC 7.

tanto, tal y como afirmó Pío XII en la Encíclica *Mediator Dei*, el Año Litúrgico «es Cristo mismo que persevera en su Iglesia».

En los orígenes, el domingo, Pascua semanal, fue la única celebración de las comunidades cristianas, siendo enriquecida poco tiempo después con la conmemoración anual de la Pascua. Sin embargo, la redención, aunque tiene su máxima expresión en la muerte y resurrección de Jesucristo, comienza con su nacimiento y no llegará a plenitud hasta su retorno glorioso. Por ello la Iglesia, con el paso del tiempo, fue desarrollando el misterio de Cristo instituyendo otras celebraciones y tiempos litúrgicos, como el Adviento, la Navidad, la Cuaresma, la Pascua. Que el Año Litúrgico sea la celebración de Cristo en sus misterios tiene como consecuencia que todos los tiempos que lo forman y todas las fiestas que lo integran deben tener su raíz en Jesucristo y deben igualmente conducir a él.

Vamos a recorrer a lo largo de estas páginas todos los tiempos litúrgicos para poder extraer la espiritualidad que brota de sus celebraciones y en los que, al conmemorar los misterios de la redención, se abren las riquezas del poder santificador y de los méritos del Señor, de tal manera que, en cierto modo, «se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación»⁴. Así, los acontecimientos de la vida histórica de Jesús que se recuerdan en el Año Litúrgico, no son simplemente unos ejemplos propuestos a los fieles para su meditación o para ser imitados piadosamente, sino que son signos eficaces de salvación realizados por Cristo para salvar a la humanidad, y que en la celebración se hacen presentes, no en su materialidad histórica que pertenece al pasado, sino en su eficacia salvífica⁵.

⁴ SC 102.

⁵ Cf. M. AUGÉ, *Teologia dell'anno liturgico*, en A. J. CHUPUNGCO (ed.), *L'anno liturgico: storia, teologia e celebrazione*, Anàmnesis. Introduzione storico-teologica alla Liturgia 6, Marietti, Genova ²1989, 31-34 y en I. OÑATIBIA, *La presen-*

1. Adviento

El Año Litúrgico se inicia con el tiempo de Adviento. Este tiempo dura cuatro semanas: comienza el domingo que cae el 30 de noviembre o el más próximo a ese día y concluye el 24 de diciembre tras la hora de nona. Su finalidad es, por una parte, preparar para la celebración de la Navidad, en la que se conmemora la primera venida del Hijo de Dios a la tierra, y, por otra, dirigir las mentes de los fieles hacia la expectación de la segunda venida de Cristo al final de los tiempos⁶. Es por ello que el Adviento se manifiesta como un tiempo de expectación piadosa y alegre.

Distinguiamos dos períodos dentro del ritmo de este tiempo: el primero, que se extiende desde el principio del Adviento hasta el día 16 de diciembre inclusive, y el segundo que va desde el día 17 de diciembre hasta el 24. En esa primera parte está más presente la venida escatológica del Señor. Y la segunda parte tiene la finalidad de preparar más directamente la Navidad. Sin embargo, no hay una separación temática exclusiva, ya que encontraremos referencias a un tema y al otro en ambas partes.

La aclamación *Maranatha*, de los primeros cristianos⁷, resuena particularmente en el tiempo de Adviento. Ésta puede significar «el Señor viene» (*Maran-athá*) o «ven, Señor» (*Marana-tha*). De modo que recoge la ambivalencia de la doble venida de Cristo.

cia de la obra redentora en el misterio del culto, Cuadernos Phase 172, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2007, 105-129.

⁶ Cf. *Normas Universales sobre el Año Litúrgico y el Calendario* 39-40.

⁷ Cf. 1Co 16,22; Ap 22,20; *Didaché* X.

1.1. Venida escatológica

La preparación para la venida escatológica de Jesucristo caracteriza principalmente la primera parte del Adviento (hasta el día 16 de diciembre, inclusive). Las oraciones y los textos bíblicos intentan prepararnos para acoger a Cristo que volverá al final de los tiempos en la majestad de su gloria, llevando a plenitud el reino de Dios iniciado con su primera venida. Así queda manifestado en el prefacio I de Adviento:

«Quien al venir por vez primera en la humildad de nuestra carne, realizó el plan de redención trazado desde antiguo y nos abrió el camino de la salvación; para que, cuando vuelva de nuevo en la majestad de su gloria, revelando así la plenitud de su obra, podamos recibir los bienes prometidos que ahora, en vigilante espera, confiamos alcanzar».

Estar alerta

Las oraciones continuamente piden que estemos alerta, ya que podríamos no percibir la llegada del Mesías por estar ocupados con los afanes de este mundo (cf. *Oración colecta del domingo II de Adviento*). La liturgia no desea que nos ocurra como a las cinco vírgenes necias de la parábola de Jesús, que cuando llegó el esposo las encontró dormidas y sin aceite en sus lámparas (cf. Mt 25,1-13). Así resuenan expresiones de ese pasaje evangélico en las oraciones del Adviento:

«cuando llegue y llame a la puerta nos encuentre velando en oración y cantando con alegría sus alabanzas» (*Oración colecta del lunes de la I semana de Adviento*).

«estemos bien despiertos, cuando él llegue, y salgamos a su encuentro con las lámparas encendidas» (*Oración colecta del viernes de la II semana de Adviento*).

Las segundas lecturas de los domingos, tomadas de san Pablo, de Santiago y de la carta a los Hebreos, contienen exhortaciones a la vigilancia y a la vida digna.

Conversión

La llegada definitiva del Mesías requiere conversión por nuestra parte. Por un lado, necesitamos estar limpios de pecado para poder acogerlo. Por otro lado, el pecado impide que avance el reino de Dios y, por tanto, la llegada definitiva de Cristo. Así, en la medida que erradiquemos el pecado, estaremos bien dispuestos para la venida del Señor y adelantaremos su llegada:

«la presencia de tu Hijo, ya cercano, nos consuele y nos libre de volver a caer en la antigua servidumbre del pecado» (*Oración colecta del martes de la I semana de Adviento*).

«tu perdón y tu gracia apresuren la salvación que nuestros pecados retardan» (*Oración colecta del jueves de la I semana de Adviento*).

«cuando salimos al encuentro de tu Hijo, no permitas que lo impidan los afanes terrenales» (*Oración colecta del domingo de la II semana de Adviento*).

También encontramos una invitación a llevar una vida digna en las segundas lecturas de los domingos, tomadas de las cartas apostólicas.

Como se preparó el pueblo de Israel

El modo que la Iglesia nos ofrece para que nos preparemos para la venida definitiva de Cristo es el camino propuesto por los profetas al pueblo de Israel para la recibir al Mesías. Por ello, encontramos en la primera lectura pasajes mesiánicos y escatológicos, principalmente tomados del profeta Isaías. Estos oráculos se ven complementados con los pasajes evangélicos que demuestran el

cumplimiento de las profecías, que están de algún modo relacionadas con la primera manifestación del Señor y anuncian la promesa de su venida escatológica. De este modo se revive cada año la larga espera de los justos que aguardaban al Mesías, para que la certeza de la venida de Cristo en la carne nos estimule a renovar la espera de la última aparición gloriosa en la que las promesas mesiánicas tendrán total cumplimiento, ya que hasta hoy se han cumplido sólo parcialmente.

Además de los profetas, particularmente Isaías, la liturgia nos destaca otros personajes que vivieron intensamente la cercanía del Mesías: Juan el Bautista, con sus padres Zacarías e Isabel, y la Virgen María, junto con san José. Ellos cobran un relieve especial en este tiempo de Adviento porque Isaías supo leer los signos de los tiempos descubriendo los signos mesiánicos; Juan, el último de los profetas, invitó al pueblo a la preparación inmediata ante la llegada del Mesías y lo señaló ya presente entre los hombres; y, finalmente, María y José fueron los protagonistas de la encarnación y nacimiento del Hijo de Dios, siendo testigos excepcionales del cumplimiento de la profecías. Así queda resumido el papel de estos personajes en el prefacio II de Adviento:

«Cristo, Señor nuestro, a quien todos los profetas anunciaron, la Virgen esperó con inefable amor de Madre, Juan lo proclamó ya próximo y señaló después entre los hombres».

1.2. Nacimiento del Mesías

La semana previa al 25 de diciembre, del 17 al 24, como si de una octava preparatoria se tratara, la liturgia centra su atención en la inmediata fiesta del nacimiento de Jesús que conmemora la primera venida del Hijo de Dios al mundo. Así lo expresa el prefacio II de Adviento:

«El mismo Señor nos concede ahora prepararnos con alegría al misterio de su nacimiento, para encontrarnos así, cuando llegue, velando en oración y cantando su alabanza».

Y las oraciones de esos días nos hablan igualmente de la venida de Cristo en la carne:

«que Cristo, tu Unigénito, hecho hombre como nosotros, se digne hacernos partícipes de su condición divina» (*Oración colecta del día 17 de diciembre*).

«ser liberados por el nuevo y esperado nacimiento de tu Unigénito» (*Oración colecta del día 18 de diciembre*).

«proclamemos con fe íntegra y celebremos con piedad sincera el misterio admirable de la Encarnación de tu Hijo» (*Oración colecta del día 19 de diciembre*).

«Escucha, Señor, con bondad, las oraciones de tu pueblo, alegre por la venida de tu Unigénito en nuestra carne» (*Oración colecta del día 20 de diciembre*).

Aunque, como ya dijimos, también hay algunos textos eucológicos de la primera parte del Adviento que se refieren a la primera venida:

«colma nuestras nobles aspiraciones de llegar con pureza de espíritu a la celebración del misterio admirable de la Encarnación de tu Unigénito» (*Oración colecta del lunes de la II semana de Adviento*).

«concédenos esperar con alegría la gloria de su nacimiento» (*Oración colecta del martes de la II semana de Adviento*).

«Oh Dios, que contemplas a tu pueblo esperando ferviente la fiesta del nacimiento del Señor» (*Oración colecta del III domingo de Adviento*).

«Concédenos, Dios todopoderoso, que la fiesta ya cercana del nacimiento de tu Hijo» (*Oración colecta del miércoles de la III semana de Adviento*)...

«concédenos prepararnos a celebrar bien el misterio del nacimiento de tu Hijo, con tanto mayor fervor cuanto más se acerca el día de la fiesta de la salvación» (*Oración después de la comunión del IV domingo de Adviento*).

También las lecturas de esta semana previa nos ayudarán en esta misma dirección, ya que, a partir del 17 de diciembre, se leen progresivamente en la primera lectura oráculos mesiánicos del Antiguo Testamento y se proclaman textos evangélicos de la preparación del nacimiento de Jesús (anuncio a Zacarías, anuncio a María, la visitación y el nacimiento de Juan Bautista) y de su infancia, tomados de los evangelios de san Mateo y san Lucas.

1.3. Cristo en el centro de la historia

El Adviento pone de relieve la centralidad de Cristo en la historia de la salvación. La historia de la salvación veterotestamentaria va avanzando progresivamente hasta llegar a su culmen con el nacimiento del Mesías: «cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo nacido de una mujer, nacido bajo la ley» (Gal 4,4). Las lecturas que se leen en estos días muestran la continua presencia de Dios en esa historia, en cada página del Antiguo Testamento, desde el Génesis hasta los últimos libros sapienciales. Se trata de una presencia progresiva que alcanza su culmen en Cristo.

Las promesas del pueblo elegido tienen su cumplimiento en Cristo, a quien se le aclama, en la última semana del Adviento, con una serie de títulos cristológicos en las antífonas del Magnificat, conocidas como antífonas de la O, por la palabra con la que se inician, y cuyo acróstico forma las palabras «ero cras» (mañana seré)⁸:

⁸ Cf. J. URDEIX (ed.), *Las antífonas de la «O». Del siglo VI al siglo XXI. Documentos y comentarios*, Cuadernos Phase 174, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2007.

«Oh, Sabiduría, que brotaste de los labios del Altísimo, abarcando del uno al otro confín, y ordenándolo todo con firmeza y suavidad: ven y muéstranos el camino de la salvación» (17 de diciembre).

«Oh Adonai, Pastor de la casa de Israel, que te apareciste a Moisés en la zarza ardiente y en el Sinaí le diste tu ley: ven a librarnos con el poder de tu brazo» (18 de diciembre).

«Oh Renuevo del tronco de Jesé, que te alzas como un signo para los pueblos; ante quien los reyes enmudecen, y cuyo auxilio imploran las naciones: ven a librarnos, no tardes más» (19 de diciembre).

«Oh Llave de David y Cetro de la casa de Israel; que abres y nadie puede cerrar; cierras y nadie puede abrir: ven y libra a los cautivos que viven en tinieblas y en sombra de muerte» (20 de diciembre).

«Oh Sol que naces de lo alto, Resplandor de la luz eterna, Sol de justicia: ven ahora a iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte» (21 de diciembre).

«Oh Rey de las naciones y Deseado de los pueblos, Piedra angular de la Iglesia, que haces de dos pueblos uno solo: ven y salva al hombre, que formaste del barro de la tierra» (22 de diciembre).

«Oh Emmanuel, rey y legislador nuestro, esperanza de las naciones y salvador de los pueblos: ven a salvarnos, Señor Dios nuestro» (23 de diciembre).

2. Navidad

El tiempo de Navidad comienza con las primeras vísperas de la Natividad del Señor (25 de diciembre) y se extiende hasta el domingo después de la Epifanía del Señor (6 de enero). En estos días la Iglesia hace memoria del nacimiento del Salvador y de sus primeras manifestaciones⁹.

⁹ Cf. *Normas Universales sobre el Año Litúrgico y el Calendario* 32-33.

2.1. El nacimiento del Hijo de Dios: manifestación de la gloria divina

El primer contenido de la Navidad es la celebración del nacimiento del Hijo de Dios. La Iglesia se alegra por el nacimiento de Jesucristo:

«celebramos rebosantes de gozo el misterio del nacimiento de Cristo» (*Oración después de la comunión de la misa de medianoche del 25 de diciembre*).

«estas ofrendas sean dignas del misterio del nacimiento que hoy estamos celebrando» (*Oración sobre las ofrendas de la misa de la aurora del 25 de diciembre*).

«míranos complacido, para que podamos cantar dignamente la gloria del nacimiento de tu Hijo» (*Oración colecta del día V de la octava de Navidad*).

«por este nuevo nacimiento de tu Hijo en nuestra carne» (*Oración colecta del día VI de la octava de Navidad*).

El nacimiento de Jesucristo es una manifestación de la gloria divina, como afirma san Juan en el prólogo de su evangelio:

«La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros. Hemos visto su gloria, gloria que le corresponde como a Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14).

Este texto se lee en la misa del día de Navidad y el segundo domingo después de Navidad, cuya oración colecta también hace referencia a la gloria:

«Dios todopoderoso y eterno, luz de los que creen en ti, dignate llenar el mundo con tu gloria y manifestarte a todos los pueblos por el esplendor de tu verdad».

Junto con el nacimiento de Cristo se celebra el nacimiento de la Iglesia. San León Magno así lo expresa en sus *sermones navideños*:

«La festividad de hoy renueva ante nosotros los sagrados comienzos de Jesús, nacido de la Virgen María; de modo que, mientras adoramos el nacimiento de nuestro Salvador, resulta que estamos celebrando nuestro propio comienzo. Efectivamente, la generación de Cristo es el comienzo del pueblo cristiano, y el nacimiento de la cabeza lo es al mismo tiempo del Cuerpo»¹⁰.

Y ya en la solemnidad de la encarnación (25 de marzo) la eucología menciona el origen de la Iglesia en la encarnación y nacimiento de Cristo:

«Dios todopoderoso, dignate aceptar los dones de tu Iglesia ... pues reconoce que ha tenido su origen en la encarnación de tu Unigénito» (*Oración sobre las ofrendas*).

2.2. La divinización del hombre

Junto con la celebración del nacimiento de Cristo, ocupa un lugar central la divinización del hombre. Divinización significa participación de las cualidades y derechos de la naturaleza divina. Es célebre la máxima de san Atanasio: «El Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios»¹¹. Con el nacimiento comienza la redención y el ser humano es divinizado en Cristo, que ha asumido la naturaleza divina. La unión de lo humano y lo divino ha conllevado la participación del hombre en la vida divina:

«haznos participar de la divinidad de tu Hijo que, al asumir la naturaleza humana, nos ha unido a la tuya de modo admirable» (*Oración sobre las ofrendas de la misa de medianoche de la vigilia del 25 de diciembre*).

«Oh Dios, que de modo admirable has creado al hombre, y de un modo más admirable todavía restableciste su dignidad, concédenos

¹⁰ PL 54, 213.

¹¹ SAN ATANASIO DE ALEJANDRÍA, *De Incarnatione*, 54, 3: PG 25, 192.

compartir la vida divina de aquél que se ha dignado compartir con el hombre la condición humana» (*Oración colecta de la misa del día 25 de diciembre*).

«hoy que nos ha nacido el Salvador del mundo para comunicarnos la vida divina» (*Oración después de la comunión de la misa del día 25 de diciembre*).

«al revestirse tu Hijo de nuestra frágil condición no sólo confiere dignidad eterna a la naturaleza humana, sino que por esta unión admirable nos hace a nosotros eternos» (*Prefacio III de Navidad*).

El tema vuelve a aparecer en las oraciones de las misas feriales del tiempo natalicio del 2 de enero al sábado anterior a la festividad del bautismo del Señor.

El nacimiento del Hijo de Dios es el inicio de la redención. El hombre recupera la imagen divina que el pecado había dañado:

«Pero, cuando se cumplió el plazo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que rescatase a los que estaban sometidos a la ley y nosotros recibiéramos la condición de hijos» (Gal 4,4-5).

Los textos eucológicos navideños insisten en el «maravilloso intercambio que nos salva» (*Prefacio III de Navidad*):

«El que era invisible en su naturaleza se hace visible al adoptar la nuestra; el eterno, engendrado antes del tiempo, comparte nuestra vida temporal para asumir en sí todo lo creado, para reconstruir lo que estaba caído y restaurar de este modo el universo, para llamar de nuevo al reino de los cielos al hombre sumergido en el pecado» (*Prefacio II de Navidad*).

«se anuncia y se hace presente el principio de nuestra redención» (*Oración sobre las ofrendas de la misa vespertina de la vigilia del 25 de diciembre*).

«Dios todopoderoso, por este nuevo nacimiento de tu Hijo en nuestra carne líbranos del yugo con que nos domina la antigua servidumbre del pecado» (*Oración colecta del día VI de la octava de Navidad*).

La encarnación es la unión de Dios y el hombre en la Persona del Verbo encarnado. Los dos mundos permanecen distintos pero nunca más separados, y se tocan y unen en la unidad de una sola persona.

2.3. La manifestación del Hijo de Dios a todos los pueblos: Epifanía

La liturgia romana conserva como objeto principal de la solemnidad de la Epifanía la llegada de los magos, tema presente, sobre todo, en los textos de la celebración eucarística del día y en los de las misas feriales posteriores a la Epifanía hasta la fiesta del bautismo del Señor. En los magos ve representada toda la humanidad a la que se manifiesta el Hijo de Dios:

«Señor, tú que en este día revelaste a tu Hijo unigénito a los pueblos gentiles por medio de una estrella» (*Oración colecta de la misa del día del día de Epifanía*).

En los magos se ve, además, la actitud de búsqueda continua de Dios que deben tener los creyentes. Los magos conocen las profecías mesiánicas, interrogan a los astros y a los hombres, buscan en los documentos; son dóciles ante los signos y la Palabra de Dios, descubren en la Escritura la luz que los conduce al lugar donde se encuentra el niño. Recordemos cómo el Concilio Vaticano II, en la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, nos invita a discernir en los acontecimientos del mundo las señales verdaderas de la presencia o del plan de Dios¹².

¹² Cf. GS 4 y 11.

2.4. La maternidad divina de María

El día 1 de enero, octava de Navidad, se celebra la fiesta de la maternidad divina de María y se venera a aquélla que es Madre de Cristo y Madre de la Iglesia, según las palabras de la oración después de la comunión de este día:

«proclamamos a santa María siempre Virgen, Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia».

Al parecer, la Iglesia romana conmemoró el día de la octava de Navidad la maternidad divina de María, aunque a mediados del primer milenio dejó paso a la fiesta de la Circuncisión del Señor, de origen galicano¹³. Y, tras la reforma postconciliar, se recuperó esta fiesta mariana.

3. Cuaresma

El tiempo de Cuaresma va desde el miércoles de Ceniza hasta la misa de la Cena del Señor del jueves santo exclusive. Su finalidad es preparar para la celebración de la Pascua¹⁴.

El camino de esta preparación para la Pascua es la conversión. Por ello, la liturgia cuaresmal invita constantemente al creyente a

¹³ Cf. B. BOTTE, *La première fête mariale de la liturgie romaine*: Ephemerides Liturgicae 47 (1933) 425-430; G. BERAN – B. BOTTE, *A proposito della prima festa mariale della liturgia romana*: Ephemerides Liturgicae 49 (1935) 261-264; A. CHAVASSE, *Le sacramentaire Gélasien (Vaticanus Reginensis 316). Sacramentaire presbytéral en usage dans les titres romains au VII siècle* (Bibliothèque de Théologie. Serie 4. Historia de la Théologie I), Desclée, Tournai 1958, 651-656; G. FRÉNAUD, *Le culte de Notre Dame dans l'ancienne liturgie latina*, en *Maria. Études sur la sainte Vierge* 6, ed. H. du Manoir, Beauchesne, Paris 1961, 159-167. Esta hipótesis fue rebatida por J. M. GUILMARD, *Une antique fête mariale au 1^{er} janvier dans la ville de Rome?*: Ecclesia Orans 11 (1994) 25-67.

¹⁴ Cf. *Normas Universales sobre el Año Litúrgico y el Calendario* 27-28.

volver sobre sus pasos errados y a dar en su vida la primacía a Dios:

«Señor, concede a tus fieles, como preparación a las fiestas de Pascua, entregarse a las prácticas cuaresmales» (*Oración colecta del viernes I de Cuaresma*).

El tiempo de Cuaresma es el tiempo en el que la liturgia intenta que el fiel viva la experiencia del hijo pródigo, que, al descubrir su situación, reflexiona y desea regresar a la casa de su padre; la liturgia intenta que cada fiel también pueda decir:

«Me pondré en camino adonde está mi Padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo» (Lc 15,18-19).

La finalidad de esta conversión es llegar a la Pascua renovados interiormente y poder celebrar la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte, que es también nuestra victoria:

«Concédenos, Dios todopoderoso, que, purificados por la penitencia cuaresmal, lleguemos a las fiestas de Pascua limpios de pecado» (*Oración colecta del viernes II de Cuaresma*).

«Te pedimos, Señor, que las prácticas santas de esta Cuaresma dispongan el corazón de tus fieles para celebrar dignamente el misterio pascual y anunciar a todos los hombres la grandeza de tu salvación» (*Oración colecta del martes IV de Cuaresma*).

«Pedimos suplicantes tu clemencia, Señor, para que, convertidos por la penitencia y por la práctica de las buenas obras, nos mantengamos fieles a tus mandamientos, para llegar, bien dispuestos, a las fiestas de Pascua» (*Oración colecta del jueves IV de Cuaresma*).

«Defiende, Señor, a los sencillos y protege continuamente a los que confían en tu misericordia para que, al disponerse a celebrar las fiestas pascuales, no sólo tengan en cuenta la penitencia corporal, sino, lo que es más importante, la purificación interior» (*Oración sobre el pueblo del lunes santo*).

De tal modo que cada fiel pueda renovar el paso de la muerte a la vida, de la esclavitud a la libertad de los hijos de Dios (cf. Rm 8,21), que se hizo realidad en cada uno por el bautismo (cf. Rm 6,3-11; Col 2,12) y cuyas promesas renovamos en la vigilia pascual.

Esta conversión se concreta en el ejercicio de la penitencia, cuyas armas tradicionales son la oración, el ayuno y la limosna. El pecado ha roto la triple dimensión relacional del hombre –con Dios, consigo mismo, con los demás– y por medio de estas tres armas cuaresmales se intentan restablecer: oración, para con Dios; ayuno, para consigo mismo; y limosna, para con los demás. Tres realidades conjuntas, como lo expresa san Pedro Crisólogo en uno de sus sermones de Cuaresma:

«Tres son, hermanos, los resortes que hacen que la fe se mantenga firme, la devoción sea constante y la virtud permanente. Estos tres resortes son: la oración, el ayuno y la misericordia. Porque la oración llama, el ayuno intercede, la misericordia recibe. Oración, misericordia y ayuno constituyen una sola y única cosa, y se vitalizan recíprocamente. El ayuno, en efecto, es el alma de la oración, y la misericordia es la vida del ayuno. Que nadie trate de dividirlos pues no pueden separarse»¹⁵...

Con misericordia Dios mira la penitencia de sus hijos, el ayuno, la oración y la limosna que el creyente practica como remedio del pecado:

«Señor, Padre de misericordia y origen de todo bien, que aceptas el ayuno, la oración y la limosna como remedio de nuestros pecados, mira con amor a quienes confesamos nuestra pequeñez y restaura con tu misericordia a los que estamos humillados bajo el peso de nuestra conciencia» (*Oración colecta del domingo III de Cuaresma*).

¹⁵ SAN PEDRO CRISÓLOGO, *Sermón XLIII, sobre la oración, el ayuno y la limosna*.

3.1. Ayuno

El ayuno es el que tiene un mayor protagonismo durante la Cuaresma. Es más, la Cuaresma comenzó como el desarrollo de unos días de ayuno como preparación para la vigilia pascual, el ayuno prefestivo, que se fue prolongando hasta alcanzar el número de 40 días, a imitación de los 40 días que estuvo Jesús ayunando en el desierto antes de comenzar su vida pública¹⁶. Ya en el siglo IV, Egeria nos describe minuciosamente los ayunos que se practicaban en Jerusalén en el tiempo cuaresmal¹⁷.

Así, ya la primera oración colecta de Cuaresma, la del miércoles de ceniza, nos habla de la «austeridad penitencial de estos días», y en la oración después de la comunión del mismo día dice: «estos sacramentos que hemos recibido hagan nuestros ayunos agradables a tus ojos». Y de modo continuado se menciona la penitencia que hacen los fieles en la Cuaresma:

«espíritu de penitencia con que hemos empezado la Cuaresma» (*Oración colecta del viernes después de Ceniza*).

«los que moderan su cuerpo con la penitencia» (*Oración colecta del martes I de Cuaresma*).

«los que dominan su cuerpo con la penitencia» (*Oración colecta del miércoles I de Cuaresma*).

«de modo que la penitencia corporal» (*Oración colecta del viernes I de Cuaresma*).

La finalidad del ayuno no es una mortificación personal o una práctica masoquista. El creyente ayuna poniendo la mirada en

¹⁶ Cf. *Prefacio del I domingo de Cuaresma*: «El cual, al abstenerse durante cuarenta días de tomar alimento, inauguró la práctica de nuestra penitencia cuaresmal».

¹⁷ Cf. EGERIA, *Itinerario*, núm. 28.

Dios. Por una parte, el ayuno sirve para frenar los deseos corporales, «dominar las malas inclinaciones» (Oración sobre las ofrendas del miércoles de Ceniza), que siempre buscan la satisfacción terrenal y apartan la mirada de los bienes eternos, «vencer nuestro apego a los bienes de la tierra» (Oración después de la comunión del martes I de Cuaresma). De modo sintético y conciso queda expresado en el prefacio IV de Cuaresma:

«Porque con el ayuno corporal refrenas nuestras pasiones, elevas nuestro espíritu, nos das fuerza y recompensa, por Cristo, Señor nuestro».

Por otra parte, el ayuno, o cualquier tipo de penitencia, intenta obtener el perdón divino, que Dios ejerza su misericordia y no nos trate como merecen nuestros pecados sino como corresponde a su benevolencia. Recordemos, entre otros, el pasaje bíblico en el que, ante la amenaza de la destrucción de Nínive anunciada por Jonás a los ninivitas, éstos ayunaron consiguiendo que Dios se arrepintiera de la desgracia que había determinado enviarles (cf. Jon 3). Igualmente nuestro ayuno cuaresmal tiene como objetivo obtener la benevolencia divina. El ayuno es un modo de llamar la atención de Dios para que ejerza su misericordia con el hombre pecador.

3.2. Oración

Intensificar la oración es esencial en el tiempo de Cuaresma:

«Afianza, Señor, el corazón de tus fieles y fortalécelo con tu gracia para que se entreguen con fervor a la plegaria y se amen con sincero amor fraterno» (*Oración sobre el pueblo del lunes II de Cuaresma*).

Como el objetivo de la Cuaresma es la conversión, volver a Dios, la oración cobra un papel esencial ya que es el medio de comunicación con Dios. Así, la oración colecta del domingo I de

Cuaresma nos invita a progresar «en el conocimiento del misterio de Cristo»; y la de después de la comunión desea que «nos enseñes a vivir constantemente de toda palabra que sale de tu boca».

Sin embargo, aunque explícitamente no se menciona el ejercicio de la oración como arma cuaresmal, está muy presente implícitamente, ya que toda la eucología es oración; participar en la misa, es oración.

3.3. Limosna

En tercer lugar, en la Cuaresma se desea restablecer la relación dañada con el prójimo, y la Iglesia ofrece para este medio la limosna. Una limosna que puede entenderse en sentido material, ya que el fruto de las privaciones voluntarias es destinado al ejercicio de la caridad:

«a repartir nuestros bienes con los necesitados, imitando así tu generosidad» (*Prefacio III de Cuaresma*).

Pero también puede entenderse en sentido moral, ya que la conversión se manifiesta en un cambio de conducta en la vida, en el que la persona haga realidad el mensaje de Jesucristo dando el «fruto de las buenas obras» (*Oración colecta del miércoles I de Cuaresma*), «permanecer firmes en el amor a ti y al prójimo» (*Oración sobre el pueblo del domingo III de Cuaresma*).

4. Pascua

El tiempo de Pascua se compone de los cincuenta días que siguen al domingo de Pascua. Los tres días previos se celebra el triduo pascual, en los que se actualiza la pasión y resurrección del

Señor, momento culminante de todo el año litúrgico¹⁸. Estos cincuenta días de Pascua celebran con gran gozo la resurrección de Jesucristo y se consideran con si fueran un único día festivo, «un gran domingo»¹⁹.

En este tiempo la liturgia muestra cuatro dimensiones teológicas de la Pascua: cristológica, pneumatológica, eclesiológica-sacramental, escatológica.

4.1. Pascua: Resurrección de Cristo

El tiempo pascual celebra la resurrección de Cristo y su presencia entre los discípulos. La luz del cirio es el signo visible de su presencia luminosa. La muerte ha sido vencida. No ha retenido a Cristo en su seno. Cristo ha resucitado y ha sido exaltado a la diestra del Padre:

«Oh Dios, que todos los años nos alegras con la solemnidad de la resurrección del Señor» (*Oración colecta del miércoles de la octava de Pascua*).

La victoria de Cristo es, además, nuestra propia victoria, ya que al resucitar, nos ha abierto las puertas de la vida eterna. Por lo tanto, él es el «primogénito de muchos hermanos», como lo describe el abad Isaac della Stella en uno de sus discursos, que se lee el viernes de la V semana.

«Porque, destruida la antigua situación de pecado, se levanta todo lo que estaba caído y en Cristo se nos otorga la integridad de la vida» (*Prefacio IV de Pascua*).

«Señor, tú que nos has renovado en el espíritu al devolvernos la dignidad de hijos tuyos...» (*Oración colecta del III domingo de Pascua*).

¹⁸ Cf. *Normas Universales sobre el Año Litúrgico y el Calendario* 18-19.22.

¹⁹ SAN ATANASIO, *Epist. fest.* 1: PG 26, 1366.

«ser renovados por tu Espíritu para resucitar en el reino de la luz y de la vida» (*Oración colecta del día de Pascua*).

El triunfo sobre el pecado y sobre la muerte es presentado como un cumplimiento tipológico del Cordero pascual veterotestamentario. La muerte en la cruz se vislumbra como el cumplimiento de la inmolación del verdadero Cordero pascual. La gloriosa resurrección es el verdadero y extraordinario paso de la muerte a la vida, el éxodo de Cristo al Padre. Jesucristo ha cumplido el misterio del Cordero inmolado cuya sangre libera, por medio de su muerte redentora:

«Él es el cordero de Dios que quitó el pecado: muriendo, destruyó nuestra muerte, resucitando, restauró la vida» (*Prefacio I de Pascua*).

«Con la ofrenda de su cuerpo en la cruz, llevó a plenitud los sacrificios de la antigua ley» (*Prefacio V de Pascua*).

4.2. Pascua: Tiempo del Espíritu

El Espíritu Santo es el don de la Pascua. El propio día de Pascua, Jesús resucitado lo entrega a los discípulos, como se lee en el evangelio de esa celebración (cf. Jn 20,19-23). La Pascua concluye con la solemnidad de Pentecostés, que conmemora la efusión del Espíritu Santo.

En esta perspectiva la Iglesia lee los Hechos de los apóstoles, que son el evangelio del Espíritu Santo, durante toda la cincuentaena pascual.

«que el Espíritu Santo, con su amor, nos haga resucitar a una vida nueva» (*Oración colecta del viernes III de Pascua*).

«Tu Hijo, Señor, después de subir al cielo, envió sobre los apóstoles el Espíritu Santo que había prometido, para que penetraran en los misterios del reino; te pedimos que repartas también entre nosotros

los dones de este mismo Espíritu» (*Oración colecta del sábado VI de Pascua*).

«Derrama, Señor, sobre nosotros la fuerza del Espíritu Santo, para que podamos cumplir fielmente tu voluntad y demos testimonio de ti con nuestras obras» (*Oración colecta del lunes VII de Pascua*).

«Te pedimos, Dios de poder y misericordia, que venga el Espíritu Santo y, haciendo morada en nosotros, nos convierta en templos de su gloria» (*Oración colecta del martes VII de Pascua*).

«Te suplicamos, Señor, que tu Espíritu nos infunda poderosamente sus dones» (*Oración colecta del jueves VII de Pascua*)...

«derrama los dones de tu Espíritu sobre todos los confines de la tierra y realiza ahora también en el corazón de tus fieles, aquellas maravillas que te dignaste llevar a cabo en los comienzos de la predicación evangélica» (*Oración colecta de la misa del día de Pentecostés*).

4.3. Pascua: Origen de la Iglesia

El misterio total de la Iglesia se origina en la Pascua y en ella encuentra su fuerza. La selección del libro de los Hechos de los apóstoles como primera lectura de los domingos del tiempo de Pascua es significativa a este respecto. Este libro describe la vida de la Iglesia primitiva, de la comunidad cristiana naciente bajo la acción del Espíritu Santo.

El bautismo, sacramento que incorpora a la Iglesia, ocupa un lugar central en la vigilia pascual y durante el tiempo pascual. Es por ello que la liturgia pascual subraya la novedad bautismal de la vida cristiana:

«Señor Dios, que haces crecer a tu Iglesia, dándole siempre nuevos hijos, concede a tus siervos vivir siempre el sacramento del bautismo de acuerdo con la fe que profesaron» (*Oración colecta del lunes de la octava de Pascua*).

«Escúchanos, Dios todopoderoso, y prepara los corazones de estos hijos tuyos, que han recibido la gracia incomparable del bautismo, para que puedan merecer la felicidad eterna» (*Oración después de la comunión del martes de la octava de Pascua*).

«Oh Dios, que has renovado por las aguas del bautismo a los que creen en ti, concede tu ayuda a los que han renacido en Cristo» (*Oración colecta del sábado III de Pascua*)...

4.4. Pascua: «Pignus futurae gloriae»

La Pascua es un anticipo de la gloria celestial. El banquete pascual que gustamos en la tierra tendrá su cumplimiento pleno en el reino de los cielos.

La oración colecta de la misa del día de Pascua afirma que la victoria de Cristo sobre la muerte «nos abrió el paso hacia la vida eterna». Esta idea se repite en la eucología de la cincuentena pascual, particularmente en la oración después de la comunión: la participación en los sacramentos pascuales son *pignus* de la Pascua eterna, de «la gloria de la resurrección» (*Oración después de la comunión del día de la Pascua*), del «gozo eterno de la resurrección» (*Oración después de la comunión del domingo III de Pascua*), de la «felicidad eterna de tu reino» (*Oración después de la comunión del domingo IV de Pascua*).